



A QUIEN NOS CUESTA PERDONAR

En un capítulo de la serie “Mentes Brillantes”, inspirada en los casos reales sobre trastornos neurológicos estudiados por el Dr. Oliver Sacks, el protagonista hace la siguiente reflexión:

“En la vida no nos cuesta perdonar a nuestros seres queridos, a nuestros amigos, o hasta enemigos. La persona que más nos cuesta perdonar, aunque queramos, y aunque tengamos tiempo suficiente, siempre seremos nosotros mismos”.

Esta es una gran verdad. Seguramente no universal, pero que es muy cierta para muchos de nosotros. Y es una muy injusta verdad. Porque si estamos dispuestos a perdonar a otros, (incluso a nuestros enemigos, como nos dice la cita) ¿por qué no nos perdonamos a nosotros? ¿Por qué es precisamente con nosotros mismos que somos mucho más exigentes?

Perdonar no es ignorar lo sucedido, no es pasarlo por alto. Es simplemente perdonar. Entender, y por tanto aprender, y desde allí, continuar. Aprendemos de los errores, pero sólo aprendemos si los perdonamos. Y sí, es cierto, somos capaces de hacerlo con los demás, pero a algunos de nosotros nos cuesta mucho hacerlo con nosotros mismos. Nos cuesta mucho perdonarnos.

Yo quiero aprender a perdonarme -necesito hacerlo-, al menos al mismo nivel que soy capaz de hacerlo con mis amigos. En primer lugar, porque me parece un sano ejercicio de humildad, porque significa reconocer que fallo, que erro, que hago cosas mal, como todo el mundo y como es normal. Y en segundo lugar, porque no concibo el no perdonar a alguien, por grande que sea la ofensa o por mal que me caiga. Y si no concibo el no-perdón, ¿por qué no debería de perdonarme yo?

Para los que estáis en mi misma tesitura: propongo una forma de solucionarlo: cuando hagamos algo que no nos perdonamos, pongamos a un amigo en nuestra piel. Juzguemos eso que hemos hecho como si hubiera sido ese amigo o esa amiga quien lo hubiera hecho. Y preguntémonos: ¿Lo perdonaríamos? Pues si es que sí, perdonémonos. Pongámonos al menos a la altura de ese amigo.